

La sonoridad de la procesión del Santo Encuentro

Autor: XALS

En muchos lugares de España, las celebraciones de la Semana Santa se identifican con los sonidos de los tambores, bombos, timbales y trompetas. Prácticamente en todas las cofradías se suelen incorporar estos instrumentos en gran parte de sus procesiones. En nuestra localidad, con la incorporación de estos instrumentos de percusión, lejos de languidecer, se está consiguiendo un relevante crecimiento que, en muchos casos, supone el enganche de muchos jóvenes en la tradición.

Durante el presente siglo la Banda de Cornetas y Tambores de Cangas tiene asumida la relevante encomienda de interpretar los diversos toques y marchas que acompañan a los pasos procesionales. Sus melodías, nacidas del corazón, son interpretadas con una profunda devoción para facilitar la contextualización de los diversos aspectos acontecidos en la Pasión y Muerte de Jesucristo. No pocas personas se estremecen al escucharlas.

En sus inicios, la incorporación de las cornetas en los desfiles procesionales de la Semana Santa se engarza con el ámbito castrense, como muchos otros aspectos de la música procesional. Con sus sones austeros y ensordecedores solían anunciar la presencia de la cofradía en la calle, aunque con el tiempo, fueron adquiriendo una función más notable al situarse detrás de los pasos, muchas veces, acompañadas con los tambores y timbales.

En los evangelios se menciona que Jesús, con su cruz a cuestas, salió al llamado "Lugar de la Calavera", Gólgota, donde le crucificaron (Mt 27,33; Me, 15, 21; Lc 23, 26; Jn 19, 17). Aunque en ningún momento se indica que Cristo cayera bajo el peso de la cruz, esta escena tiene un gran arraigo en la tradición cristiana. Con la finalidad de reproducir alguna de las estaciones del viacrucis, la Cofradía de la Misericordia-Gremio de Mareantes de Cangas encarga al escultor Ignacio Cerviño Quinteiro la creación de las imágenes necesarias para poder recrear algunos de los acontecimientos ocurridos durante la Pasión del Señor. En la memoria colectiva del pueblo de Cangas todavía resuena el sonido que emanaba del instrumento de viento o aerófono que porta el centurión del paso de las Tres Caídas de Jesús camino del Calvario. Muchos cangueses lo recuerdan con nostalgia y anhelan su recuperación.



Además del paso de la Santa Cena, que rememora la última cena de Cristo con sus apóstoles, la cual se conmemora el jueves Santo (Mt 26, 17-30; Mc 14, 12-26; Lc 22, 7-39; Jn 13, 1-26), el autor del cruceiro de Hío diseñó un grupo escultórico central y diversas imágenes complementarias. Siguiendo la iconografía propia del siglo XIX, el grupo escultórico del Señor con la cruz auestas gira en torno a la figura central de Jesús Nazareno que es ayudado por Simón de Cirene (Mc 15, 21-22; Mt 27, 32; Lc 23, 26).



El cireneo, atendiendo a la tradición bíblica, luce túnica abotonada y anudada a la cintura con cingulo y turbante. Incorpora, además, una serie de figuras secundarias que, de un modo ejemplar, contextualiza toda la escena bíblica. Estos personajes se caracterizan con rasgos grotescos llegando incluso a convertirse en un retrato exagerado y distorsionado de la apariencia física de estos sujetos. En primer lugar, sitúa a un centurión romano que se caracteriza con una indumentaria compuesta por casco (gálea), armadura (lorica), túnica, cingulo militar (balteus) con espada (gladius), pantalones cortos (braccae) y zapatos de suela pesada (caligae). Posteriormente, para realzar esta figura, se incorporó un manto o capa de color escarlata (paludamentum) que, sujeta desde el hombro, era usada por los comandantes militares y, menos habitualmente, por la tropa romana.

En la parte posterior, sirviendo de cierre a todo el escenario narrativo, se presentan a dos sayones. A diferencia del anterior, estos personajes no utilizan el vestuario propio de la época en la que se produjeron los acontecimientos bíblicos, sino que se caracterizan de un modo anacrónico.

Lucen atuendos propios de la época de los Austrias como el chaleco sin mangas o colete cruzado con doble botonaduras, encima de un jubón, cinturón, calzón o calzas que se ajustan a la rodilla y botas de cuero. Además, llevan un gorro o un casco metálico. En el acervo popular se denominan genéricamente a estas figuras con el apelativo de "carallotes", aunque cada uno de ellos eran apodados con un nombre específico.



Tanto los sayones como el centurión llevan a Cristo atado de una cuerda por el cuello lo que dota a la escena de un mayor dramatismo. Con el objetivo de profundizar en el episodio pasional, el sayón situado en la parte posterior izquierda se presenta con una actitud agresiva al blandir una lanza romana (lancae). Mientras tanto, el de la derecha, de aspecto amenazante, pretende simbolizar el poder y la autoridad de Roma sobre la región de Judea. Por este motivo sujeta el estandarte (vexillum) en cuyo travesaño horizontal pende una tela cuadrada, de color rojo con el acrónimo "SPQR" (Senatus Populusque Romanus). La asta de este emblema está rematada por el águila romana (aquila), símbolo de la legión que, habitualmente solía ser portado por el soldado más valiente (aquilifer).

El paso de las Tres Caídas de Jesús camino del Calvario presenta dos características que lo hacen singular:

- A diferencia del resto de las tallas restantes, la figura central del Nazareno se configuró como una imagen de candelero articulada para, de este modo, utilizando un mecanismo oculto, se pueda recordar las tres veces que Jesús cayó, bajo el peso de la cruz, durante el recorrido desde el pretorio hasta el monte Gólgota. Su rostro refleja dolor, sufrimiento y cansancio. Al estar obligado a cargar con una gran cruz y transportarla durante un largo período de tiempo, presenta una postura corporal forzada. Ante el esfuerzo físico al que se encuentra sometido, se puede observar como el hombro derecho de carga se sitúa en un nivel inferior al izquierdo. De este modo, se evidencia la natural asimetría anatómica originada de las adaptaciones del organismo al esfuerzo físico extremo.

- La representación del centurión, conocido popularmente como Carnacedo, porta un aerófono singular cuya morfología se asemeja a una tuba romana (tubus), similar al salpinx griego, con un precedente cierto es el lituo (lituus) etrusco. Éste era un instrumento cilíndrico recto, fabricado habitualmente en bronce o latón, con una medida aproximada de 1,20 metros de longitud. Se tocaba con una boquilla generalmente desmontable y en el extremo por el que salía el aire se ensanchaba presentando un final acampanado. Este tipo de trompetas naturales no tienen orificios que modifiquen el sonido.

Progresivamente, el largo tubo se irá curvando para mejorar su manejabilidad y se introducen en la España medieval con el nombre de añafil, por medio de los musulmanes que utilizaban un instrumento similar llamado nafir. Al tener un pabellón a veces recortado suele proporcionar un sonido agudo y estridente.

Históricamente este tipo de instrumentos solían ser empleados mayoritariamente en el ámbito militar, aunque no resultan extraño encontrarlos en diversas celebraciones civiles o religiosas. Paulatinamente va perdiendo su carácter marcial para transformarse en un emblema sonoro del poder. Durante el medievo se utilizaba tanto por los mensajeros como en los actos protocolarios y ceremoniales, encabezando procesiones, señalando la llegada de monarcas o anunciando las proclamas a la ciudadanía.

En las procesiones de Semana Santa encuentran sus predecesores en las llamadas bocinas que tenían por finalidad representar las comitivas romanas cuando acompañaban a los condenados a muerte camino del suplicio.



También, por su sonoridad pueden evocar el lamento por la muerte del Redentor. No obstante, en cualquier caso, están dotadas de una clara función organizativa que sirven tanto para anunciar la presencia del cortejo procesional como para ordenar con sus toques las paradas o eventos de una determinada procesión.

La procesión del Santo Encuentro de Cangas fue construida sobre el eje vertebrador del paso de las Tres Caídas de Jesús camino del Calvario. Esta obra escultórica, además del mecanismo articulado del Nazareno, estaba dotado de diversos artilugios que permitían hacer sonar el aerófono de Carnacedo. Para que esto fuera posible, la hechura de la tuba se encuentra parcialmente modificada para hacerla compatible con la estructura de la talla.

Desgraciadamente, durante el último cuarto del siglo pasado, un fortuito accidente provocó la rotura del dispositivo que permitía exhalar aire de forma conveniente y diferente para, de este modo, emitir diversos sonidos que anunciaban el inicio de la procesión. Además, tenía la función de transmitir diversas órdenes sonoras que estructuraban toda la procesión y, en ciertos momentos, servían para avisar a todos los asistentes de un hecho procesional relevante.

La imposibilidad de asumir el coste de la restauración del ingenioso mecanismo que permitía obtener sonido de este instrumento de viento implicó su inutilización, cayendo su uso en el olvido. Tampoco se planteó la posibilidad de buscar un remedio alternativo que impidiese que la peculiar sonoridad de la procesión del Santo Encuentro cayese irremediablemente en el olvido. En la memoria de muchos cofrades resuenan los relatos de nuestros mayores rememorando como, durante gran parte del trayecto procesional, sonaba el aerófono del centurión que, con su ruidoso estruendo, hacía retumbar todas las calles circundantes por las que transitaba el paso referido. Este retumbar estrepitoso se encuentra anclado en la memoria sonora de la Semana Santa de Cangas que, para la mayor parte de la población, resulta desconocida.

Transcurrido más de medio siglo en silencio, convendría tomar en consideración la posibilidad de restaurar los elementos dañados y recuperar las peculiaridades olvidadas de esta procesión matutina del Viernes Santo. Incluso podría ser implementados con otros usos adecuados a las nuevas circunstancias de las celebraciones de la Semana Santa de Cangas. Tal vez, en un tiempo no muy lejano, se puedan volver a escuchar los toques propios para anunciar el inicio y finalización de la procesión, de marcha y ordenación durante los tramos del trayecto por las calles Real, Hío y Félix Soage o, de regreso al templo parroquial por las calles Eugenio Sequeiros, Sol y Benigno Soage o, en los momentos más relevantes de la celebración, durante el pasaje de las tres caídas y encuentro con las Santas Mujeres, San Juan y la Virgen de los Dolores, advertir a los presentes con los toques de atención, silencio y oración.

(Publicado en “Confraría da Misericordia-Gremio de Mareantes”. Cangas, abril de 2024)